

Q

UE tal —propone (1) el viejo catedrático de Instituto— si tocamos hoy el tema de la enseñanza?

—¿En plenas vacaciones? —objeta el "penene" de la Facultad.

—Me temo que, con los aquí presentes y los que vayan llegando, es un tema como para acabar a tortas —previene el joven agregado en prácticas.

—Lo que yo no acabo de entender es lo que pasa con todo el personal de ese desdoblado Ministerio de Educación y Ciencia —se arranca Fabio—. Siempre dudé de que estuvieran en posesión de la ciencia, pero ahora apostaría cualquier cosa a que han perdido la educación. Se diría que andáis todos a la rebatifa en los diversos cuerpos y estamentos del profesorado.

—Y del alumnado

—añade Critilo—, que empieza a confundir ya, me parece, la democracia con los huesos duros.

—La gente —insiste Fabio— quiere ser estudiante sin estudiar, e incluso profesor sin haber estudiado gran cosa.

—¿No lo dirás por mí? —protesta el viejo catedrático de instituto—. Al menos, yo pasé por unas duras oposiciones, turno libre. No todos pueden decir lo mismo. Asistí a otras, hace bien poco, que fueron las más fáciles y restringidas oposiciones en el mejor y más restringido de los mundos posibles, y no digo más porque se me entiende todo.

—No se esfuerce, ya me doy por aludido —recoje el joven agregado en prácticas—. ¿Y qué garantizan unas duras oposiciones, me lo quiere usted decir, a juzgar por la muestra?

—Posiblemente —replica el viejo catedrático de instituto—, algo más que unas oposiciones blandas o que ninguna oposición, como es, respectivamente, tu caso y el de los democráticos y dactilocráticos "penenes". Las muestras están también a la vista.

—Oiga, señor —salta el "penene" de la Facultad—, si yo soy un "penene" dactilocrático, usted es un catedrático pentadactílico.

—¿Aludes a los cinco miembros del tribunal? —inquire el viejo catedrático de instituto—. Pues sólo me votaron tres, para que te enteres.

—Lo bueno de ese enchufe —continúa el "penene"— está en que es definitivo y relajante. A usted no se le ve muy relajado, pero la causa debe ser una enfermedad o ambición de tipo endógeno.

—Pues sí —admite el viejo catedrático de instituto—, una ambición inconfesable que voy a confesaros. ¡Yo quiero ser "penene"!

—Lo que le pasa a usted, como a tantos catedráticos de instituto —contraataca el "penene"—, es que es un catedrático de universidad frustrado, y la paga con nosotros.

—No, no; yo sólo quiero ser "penene". Como tú. Luego pasaré por las restringidas y, hale, a escalar el escalafón.

(1) Dedico los veintidós verbos "de lengua" de este artículo a un lector que me acusa de pobreza idiomática por emplear siempre el verbo decir.

LA ENSEÑANZA

JOSE MARIA VAZ DE SOTO

—A lo que hay que llegar de una vez es al Cuerpo único de profesores —sugiere el joven agregado en prácticas—. Si no, todo son, como salta a la vista, intereses corporativos en conflicto.

—Y esa reivindicación del Cuerpo único, ¿se hace en beneficio de la enseñanza? —insinúa el viejo catedrático de instituto—. ¿No será que enmascara también intereses corporativos?

—¡Pues vaya usted a saber! —vuelve Fabio—. Lo que sí va quedando claro es que cada cual percibe las "racionalizaciones" e "ideologías de Cuerpo" de los demás, pero ignora las propias. ¡Y así va la enseñanza! Para echarse a llorar, Critilo, te lo juro.

—No hace falta que lo jures, te echas a llorar y ya lo demuestras —decide Critilo—. A mí no me

dan ganas de echarme a llorar, no. A mí, de lo que me dan ganas es de dar un golpe de Estado y militarizar ese mismo día a todo el personal docente y discente.

—¡Critilo! —clama el señor demócrata de la mesa de al lado.

—¡Lagarto, lagarto! —musita el raudo camarero.

—Si señor, un golpe de Estado —ratifica Critilo—. O por lo menos, de Ministerio. Al frente de cada instituto pondría un comandante; al frente de cada facultad, un coronel, y en cada rectorado, un capitán general. Después oiría a todo el mundo, asignaría las cátedras y funciones, y establecería una carrera docente. A partir de ahí, subiría de grado y pagaría mejor al profesor que supiera y trabajara; al que no, a la calle. Al alumno que estudiara con provecho, matrícula gratuita y sueldo. Y el que no, a la calle. Otra solución no hay. Y si no, al tiempo.

—Parece un programa así como fascista, ¿no? —observa el raudo camarero.

—Puede que lo sea. Pero "democracia" quiere decir "gobierno del pueblo", y en los institutos y universidades no hay pueblo, no hay ciudadanos, sino estudiantes y profesores de distintos niveles. Tienen que organizarse, pues, según su capacidad y sus saberes, en una estructura jerárquica, nos guste o no.

—O sea, que hablas en serio —concluye Fabio—. Pues van a tomar nota quienes yo me sé.

—No, ésos que tú te sabes prefieren que la enseñanza estatal vaya de mal en peor para que así, por contraste, parezca buena la privada.

—Se me está ocurriendo —irrumpe Neftalí, recién llegado de la calle— que, en esta ocasión, el señor Vaz de Soto, en vez de mandar la cinta a TRIUNFO, tendrá que mandarla a "El Imparcial".

—Eso es cosa suya —dice Critilo.

Pues sí. ■

ERRATAS.—En el artículo "Fabio en Canarias" (número 860, 21 de julio de 1979), hablando de la "gaceta divina", hay un párrafo que dice: "Y si no que se lo pregunten a la vesícula de unos, al dudeno de otros y la hipocrestia de casi todos". Debía decir: "Y si no que se lo pregunten a la vesícula de los unos, al dudeno de los otros y a la hipocrestia de casi todos".

LIBROS

Ritsos, poeta de la libertad

Acaso no sea tan conocido como Seferis —el Nobel de 1963— o el extraordinario Cavafis. Pero, sin duda, Yannis Ritsos no merece en absoluto a su lado. Los tres nombres, juntos con los de Gatsos y Elytis, forman la gran pléyade de la poesía griega del siglo.

Iniciada hace setenta años en Monemvasiá (1), la trayectoria



Yannis Ritsos.

individual de Ritsos está profundamente marcada por los diversos dramas colectivos que conforman la historia contemporánea de los helenos: desde la dictadura de Metaxas (1936-1941) hasta la de los coroneles (1967-1974), pasando por la ocupación nazi y la guerra civil, que acabó sólo en 1949 con la derrota de los comunistas por el Ejército regular de Papagos, apoyado por los Estados Unidos y Gran Bretaña.

A las dos últimas etapas citadas —la guerra civil, en la que el poeta participó como miembro del ELAS (Frente Comunista Griego de Liberación), y en cuyo

(1) Permitaseme la herejía de una recomendación turística en medio de una reseña literaria: no se pierdan Monemvasiá, si es que viajan por el maravilloso Peloponeso.